

MONTOLÍO, ESTRELLA, *Conectores de la lengua escrita*, Ariel Practicum, Barcelona, Ariel, 2001, 173 págs.

Ignacio Bosque, encargado de prologar esta obra, nos advierte antes de que iniciemos su lectura que el libro supone «una presentación diáfana, ágil y a la vez rigurosa de las características fundamentales de los conectores discursivos», por lo que concluye igualmente que puede aprovechar no sólo «a los lingüistas, sino también a los hablantes que tengan curiosidad e interés por la reflexión sobre el idioma [...]». Por lo demás está claro que la obra, evidentemente, no es de las primeras en prestar atención al estudio de los conectores; muchas otras y muchos otros artículos (incluso de la propia autora) la han precedido provenientes de disciplinas como la Sintaxis, la Lexicología, la Pragmática, la Lingüística del Texto o el Análisis del Discurso: por eso afirma E. Montolío (Presentación, pág. 15) que «la conexión está de moda». Y no puede dudarse de que su objetivo prioritario es precisamente éste: el de profundizar en un terreno ya «roturado» y aprovechar para su conocimiento, sistematizándolo, la mayor parte de las investigaciones que han ido apareciendo sobre este aspecto durante los últimos años. En la bibliografía final se recogen, por ello, referencias científicas imprescindibles, sin que tal relación suponga que la autora—y ella es consciente de ello— haya sido exhaustiva en las citas, de las que pueden contabilizarse exactamente cincuenta y una.

El presente estudio, del que Estrella Montolío avisa que es una revisión y ampliación de un trabajo incluido en el *Manual práctico de escritura académica* que ella misma coordinó (v. vol. II, Barcelona, Ariel, 2000), se compone de cuatro capítulos dedicados, por este orden, a: «Cuestiones generales», «Los conectores contraargumentativos», «Las expresiones conectivas de carácter consecutivo», y «Conectores de tipo aditivo y organizadores de la organización discursiva».

El primer capítulo desarrolla en seis epígrafes (veinticinco páginas) lo que la autora cree que pertenece a las generalidades sobre los marcadores de discurso, denominación que en el libro va a ser normalmente sustituida por la de «conectores». Y lo que va a ser una característica didáctica del libro, apoyar en textos cualquier explicación o diferenciación de las expresiones conectivas, aparece ya en los párrafos iniciales, cuando se identifican los tipos fundamentales de conectores y cuando se intenta demostrar en qué casos son necesarios y qué reglas condicionan su uso adecuado. Si se parte de que «los conectores, en general, tienen un significado que consiste en una instrucción para el interlocutor sobre cómo tiene que procesar las informaciones que se plantean en el enunciado», es con la intención de proceder a clasificarlos, de acuerdo con criterios gramaticales, en dos grupos (v. la pág. 35 y, respectivamente, los epígrafes 5.1 y 5.2): los «parentéticos» (como *sin embargo* o *de todas maneras*) y los «integrados en la oración» (caso de *dado que*, *pese a* o *pero*). Las caracterizaciones que se hacen de uno y otro de estos grupos están basadas en el estudio de rasgos diversos: movilidad, modo del verbo acompañante, o productividad. Este último punto de vista, tener

en cuenta «las funciones más productivas que los conectores desempeñan en los textos expositivo-argumentativos», es el que ha determinado que E. Montolío haya centrado la materia de su investigación en los tres grupos de conectores ya citados: opositivos o contraargumentativos, consecutivos, y por fin aditivos y organizadores de información.

Al centrar el capítulo 2.º en los «conectores contraargumentativos» le ha interesado a la autora dejar claro que con ellos se marca «una relación implícita, inferencial, que no aparece expresada explícitamente en el enunciado» (pág. 45), además de estar basada en la asunción de tópicos evidentes. Continuando con la diferencia entre conectores «integrados» y «parentéticos», señala cuatro grupos dentro de los contraargumentativos: el encabezado por *aunque*, el representado por *pero*, el de las construcciones que aportan un valor correctivo, y el de los elementos que poseen carácter de «minimizador». Las cuarenta y nueve páginas siguientes reflejan el esfuerzo por caracterizar las diferentes unidades que conforman cada grupo, estudiándolas no sólo por su funcionamiento particular sino igualmente en comparación con el de otros grupos, con los que mantienen similitudes obligadas y divergencias necesarias para aportar determinados matices a la conexión, como puede ser el empleo de argumentos débiles (*aunque, a pesar de que...*) y de argumentos fuertes (*pero, sin embargo, no obstante...*). Queda claro en el capítulo que la comprensión de dichas unidades descansa en factores muy variados: carácter de la argumentación, mayor o menor solidez de la trabazón discursiva, importancia del contraste, etc.

En las relaciones de causa-consecuencia está basado todo cuanto se expone en el capítulo siguiente referido a los «conectores consecutivos». Éstos, también desde un principio, quedan divididos en «integrados» y «parentéticos», según que intervenga o no en su formación la conjunción *que*: como *así que* frente a *así (pues)*. Sin entrar ahora en detalles, resumiremos diciendo que los cuatro conectores consecutivos integrados que se estudian —*así que, de modo/manera que, por lo que y de ahí (que)*— se diferencian entre sí por varios rasgos: mayor empleo coloquial de *así que*, carácter objetivo de *así pues*, o formalidad de los textos en que aparece el resto de conectores. También ciertas particularidades sintácticas señaladas para *de ahí (que)* —como la admisión de verbo en subjuntivo o la posibilidad de combinarse con un sintagma nominal—, en conjunción con otras procedentes de factores discursivos —evidencia de la información aportada o inserción del discurso referido—, permiten que se dé a tales expresiones un tratamiento más individualizado.

En cuanto a los conectores consecutivos de tipo parentético —el trabajo se detiene en diez de estas expresiones—, quedan clasificados en tres subgrupos que presentan, por un lado, distinta posición dentro del enunciado consecutivo (concretamente, pueden estar en su inicio —*por eso*—, intercalados —*pues*— o tener libertad posicional —*en consecuencia*—), y por otro, ofrecen variaciones de significado fijadas teniendo en cuenta si lo orientan anafóricamente hacia la causa ya expresada (el caso de *por eso*), si lo remiten catafóricamente a la conclusión posterior (un

ejemplo es *por tanto*), o si se dan ambas circunstancias de un modo particular (*así pues*). A todas las consideraciones anteriores se van añadiendo, oportunamente, otras referidas a la puntuación, a los elementos de refuerzo (*y por consiguiente*), al nivel diacrítico (recordemos la exclusividad de *por ende*), o a la mayor o menor objetividad en la presentación de los hechos de que se informa.

Al último conjunto de conectores que se analizan en el libro a partir de la página 137 se les llama «aditivos» porque indican «que la información que les sigue forma parte de una enumeración (aunque sea breve, quizás de sólo dos miembros), de la que el segmento informativo introducido por el conector constituye el último miembro [...]». Los ejemplos textuales en que se apoya E. Montolío la fuerzan a diferenciar dos categorías dentro de los «aditivos»: los «aditivos organizadores de la información», cuyo cometido es distribuir los datos que se aportan sin dar más importancia a uno en relación con los demás, y los «aditivos argumentativos», que añaden un nuevo dato a otros anteriores implicando al mismo tiempo que posee una mayor fuerza argumentativa que los demás.

La categoría de los «organizadores de la información» contiene distintas expresiones que realizan su tarea conectiva de diferente modo, lo que da lugar a una nueva división tripartita que permite hablar de «marcadores de apertura» (*en primer lugar*), de «marcadores de continuidad» (*asimismo, por otra parte*), de los que se ofrece una extensa caracterización textual, y de «marcadores de cierre», limitados ahora al caso de *por lo demás*. Y después de todo esto, el contenido de las ocho páginas finales de la obra está reservado a los conectores que antes denominábamos «aditivos argumentativos», una clase que incluye formas como *además, incluso o por añadidura*.

Aparte del valor de sistematización que se ha notado al principio, lo que conviene a este libro en una exposición objetiva y rigurosa sobre los conectores no es sólo la explicación lingüística que se va haciendo de ellos (regida siempre por criterios de contención y de claridad) y las clasificaciones que oportunamente se van formulando, sino también las frecuentes aclaraciones estilísticas, los numerosos razonamientos que vinculan el contenido informativo con la estructura discursiva, y el intento por adaptar las ideas propias a las opiniones de otros estudiosos. Es esta última característica —como también se ha adelantado— la que lleva a E. Montolío a recopilar una bibliografía necesariamente actual, recogiendo trabajos que se extienden desde 1986 hasta 2001, sin duda alguna debido a que —como leemos en la contraportada de la obra— «En los últimos años, el análisis de los conectores y de los marcadores discursivos se ha convertido en un ámbito de estudio que despierta enorme interés».